

Francia contra la inteligencia

[Sophie Meunier](#)

- ***Les inrockuptibles***,
nº 429,
18 de febrero de 2004, París

Mientras en Estados Unidos sigue la encarnizada polémica sobre los fallos de los servicios de inteligencia en el caso de Irak, la controversia actual en Francia se refiere a la *guerra contra la inteligencia*. Un debate, sin embargo, que tiene poco que ver con armas de destrucción masiva o con Al Qaeda. Desde los profesores hasta los arquitectos y desde los trabajadores del teatro hasta quienes han acabado un doctorado y no tienen trabajo, los miembros de la clase intelectual reprochan al Gobierno del primer ministro conservador Jean-Pierre Raffarin que les haya desatendido.

El año pasado, los *intermitentes del espectáculo* obligaron a cancelar los principales festivales del país y abuchearon al ministro de Cultura en la ceremonia de los premios César (el equivalente galo de los Oscar o los Goya) en protesta por la reforma del seguro de desempleo. Mientras, los arqueólogos se quejan de que se haya reducido su capacidad de supervisión de los proyectos del sector de la construcción, y los directores de laboratorio arremeten contra el rechazo del Gobierno a financiar la ciencia. Pero, en esta guerra, el golpe de gracia fue orquestado por la revista de música y cultura *Les inrockuptibles*, para un público de cierto poder adquisitivo y preocupado por la justicia social, el posmaterialismo y por estar a la última. En febrero, esta revista unió a los descontentos de toda Francia a través de un manifiesto titulado 'Llamamiento contra la guerra a la inteligencia'.

En éste, los redactores de la revista afirmaban que "todos los sectores de la enseñanza, la investigación, el pensamiento, todos los productores de conocimiento y debate público, son hoy objeto de graves ataques por parte de un Gobierno antiintelectual", advirtiendo también

del "desarrollo de una política de empobrecimiento e inestabilidad que tiene como objetivo todo aquello que se considera inútil, disidente o improductivo a corto plazo". El texto daba a entender que este conflicto podía amenazar la sacrosanta política francesa de excepción cultural, que aplica un sistema de cuotas para promover el cine y la música galas en un intento de blindar la cultura francesa frente a un mundo globalizado (léase *americanizado*).

Durante la primera semana en que el manifiesto circuló por Internet, las firmas llegaron a razón de 700 cada hora; para abril, ya superaban las 80.000. Tuvo tal éxito que *Les inrockuptibles* publicó una lista de firmantes que ocupaba 50 páginas. Entre ellos se encontraban el filósofo deconstruccionista Jacques Derrida, el héroe *antiestablishment* Daniel Cohn-Bendit o el ex primer ministro socialista Michel Rocard. Los medios de comunicación de la corriente dominante le dieron publicidad a través de un gran número de noticias y artículos de opinión y de ensayos mostrando su apoyo.

Paralelamente había surgido un movimiento similar en la comunidad científica. En enero, muchos de los principales científicos e investigadores crearon un grupo llamado Salvemos la Investigación para protestar por que la ciencia ya no fuera una de las prioridades nacionales. Sus quejas tenían fundamento: aunque el porcentaje del PIB que Francia dedica a investigación y desarrollo (el 2,2%) es comparable al de los motores de la tecnología, Japón (3%) y EE UU (2,8%), en muchos casos se retienen esos fondos para reducir el déficit presupuestario. En 2002, el Gobierno congeló el presupuesto público para investigación y transformó 550 plazas permanentes para jóvenes científicos en contratos temporales, forzando así el éxodo. De hecho, Francia es el único país desarrollado que no retiene a sus licenciados: sólo a EE UU, donde los sueldos y las oportunidades de ascenso son mucho mayores, se fueron en 2000 unos 3.000 licenciados en ciencias.

Salvemos la Investigación publicó en Internet su propio llamamiento, que recogió más de 60.000 firmas de investigadores del sector público francés y casi 250.000 de la población en general. Amenazaban con dimitir si el Gobierno no se tomaba este asunto en serio. Las encuestas mostraron que el 80% de los franceses les apoyaban. Dos semanas antes

de las elecciones regionales de marzo de 2004, más de dos tercios de los 5.000 directores e investigadores de las universidades y centros de investigación franceses dimitieron en masa. Más allá de ese teatro, la guerra a la inteligencia nos revela una nación muy preocupada por su identidad en un mundo globalizado. Lo que une a muchos miembros de este colectivo es el miedo a que el liberalismo económico apenas deje espacio para aquello que no tenga una utilidad inmediata, sea una obra de teatro o la investigación científica. El ministro de Industria, Patrick Devedjian, con sus recientes ataques a los "intelectuales franceses que tienen el hábito de firmar manifiestos" mientras "los de EE UU ganan premios Nobel", no ha contribuido a calmar los ánimos.

Los premios no se corresponden necesariamente con el gasto, pero una financiación adecuada es necesaria para hacer descubrimientos, registrar patentes y sustentar la investigación. Al protestar, los científicos expresaban su miedo a que el capitalismo anglosajón acabe con la tradición igualitaria de la investigación francesa, al someterla a mayor competencia y a las cuentas de resultados. Les preocupa que este modelo conduzca a una pérdida de empleos más que a la mejora de las perspectivas de investigación a largo plazo. Mientras tanto, quien pierda su trabajo puede que sea el primer ministro. Cuando Raffarin llegó al Gobierno en 2002 prometió actuar en beneficio de la *France d'en bas* (la Francia de abajo). Pero si pensamos en la derrota de su Gobierno en las regionales de marzo, enfrentarse a los intelectuales no es una buena estrategia en un país en el que la cultura y la identidad nacional están tan profundamente imbricadas.

ENSAYOS, ARGUMENTOS Y OPINIONES DE TODO EL PLANETA

[Sophie Meunier](#)

Les inrockuptibles,

nº 429,

18 de febrero de 2004, París

Mientras en Estados Unidos sigue la encarnizada polémica sobre los fallos de los servicios de inteligencia en el caso de Irak, la controversia actual en Francia se refiere a la *guerra contra la inteligencia*. Un debate,

sin embargo, que tiene poco que ver con armas de destrucción masiva o con Al Qaeda. Desde los profesores hasta los arquitectos y desde los trabajadores del teatro hasta quienes han acabado un doctorado y no tienen trabajo, los miembros de la clase intelectual reprochan al Gobierno del primer ministro conservador Jean-Pierre Raffarin que les haya desatendido.

El año pasado, los *intermitentes del espectáculo* obligaron a cancelar los principales festivales del país y abuchearon al ministro de Cultura en la ceremonia de los premios César (el equivalente galo de los Oscar o los Goya) en protesta por la reforma del seguro de desempleo. Mientras, los arqueólogos se quejan de que se haya reducido su capacidad de supervisión de los proyectos del sector de la construcción, y los directores de laboratorio arremeten contra el rechazo del Gobierno a financiar la ciencia. Pero, en esta guerra, el golpe de gracia fue orquestado por la revista de música y cultura *Les inrockuptibles*, para un público de cierto poder adquisitivo y preocupado por la justicia social, el posmaterialismo y por estar a la última. En febrero, esta revista unió a los descontentos de toda Francia a través de un manifiesto titulado 'Llamamiento contra la guerra a la inteligencia'.

En éste, los redactores de la revista afirmaban que "todos los sectores de la enseñanza, la investigación, el pensamiento, todos los productores de conocimiento y debate público, son hoy objeto de graves ataques por parte de un Gobierno antiintelectual", advirtiendo también del "desarrollo de una política de empobrecimiento e inestabilidad que tiene como objetivo todo aquello que se considera inútil, disidente o improductivo a corto plazo". El texto daba a entender que este conflicto podía amenazar la sacrosanta política francesa de excepción cultural, que aplica un sistema de cuotas para promover el cine y la música galas en un intento de blindar la cultura francesa frente a un mundo globalizado (léase *americanizado*).

Durante la primera semana en que el manifiesto circuló por Internet, las firmas llegaron a razón de 700 cada hora; para abril, ya superaban las 80.000. Tuvo tal éxito que *Les inrockuptibles* publicó una lista de firmantes que ocupaba 50 páginas. Entre ellos se encontraban el filósofo deconstruccionista Jacques Derrida, el héroe *antiestablishment* Daniel Cohn-Bendit o el ex primer ministro socialista Michel Rocard. Los medios

de comunicación de la corriente dominante le dieron publicidad a través de un gran número de noticias y artículos de opinión y de ensayos mostrando su apoyo.

Paralelamente había surgido un movimiento similar en la comunidad científica. En enero, muchos de los principales científicos e investigadores crearon un grupo llamado Salvemos la Investigación para protestar por que la ciencia ya no fuera una de las prioridades nacionales. Sus quejas tenían fundamento: aunque el porcentaje del PIB que Francia dedica a investigación y desarrollo (el 2,2%) es comparable al de los motores de la tecnología, Japón (3%) y EE UU (2,8%), en muchos casos se retienen esos fondos para reducir el déficit presupuestario. En 2002, el Gobierno congeló el presupuesto público para investigación y transformó 550 plazas permanentes para jóvenes científicos en contratos temporales, forzando así el éxodo. De hecho, Francia es el único país desarrollado que no retiene a sus licenciados: sólo a EE UU, donde los sueldos y las oportunidades de ascenso son mucho mayores, se fueron en 2000 unos 3.000 licenciados en ciencias.

Salvemos la Investigación publicó en Internet su propio llamamiento, que recogió más de 60.000 firmas de investigadores del sector público francés y casi 250.000 de la población en general. Amenazaban con dimitir si el Gobierno no se tomaba este asunto en serio. Las encuestas mostraron que el 80% de los franceses les apoyaban. Dos semanas antes de las elecciones regionales de marzo de 2004, más de dos tercios de los 5.000 directores e investigadores de las universidades y centros de investigación franceses dimitieron en masa. Más allá de ese teatro, la guerra a la inteligencia nos revela una nación muy preocupada por su identidad en un mundo globalizado. Lo que une a muchos miembros de este colectivo es el miedo a que el liberalismo económico apenas deje espacio para aquello que no tenga una utilidad inmediata, sea una obra de teatro o la investigación científica. El ministro de Industria, Patrick Devedjian, con sus recientes ataques a los "intelectuales franceses que tienen el hábito de firmar manifiestos" mientras "los de EE UU ganan premios Nobel", no ha contribuido a calmar los ánimos.

Los premios no se corresponden necesariamente con el gasto, pero una financiación adecuada es necesaria para hacer descubrimientos, registrar patentes y sustentar

la investigación. Al protestar, los científicos expresaban su miedo a que el capitalismo anglosajón acabe con la tradición igualitaria de la investigación francesa, al someterla a mayor competencia y a las cuentas de resultados. Les preocupa que este modelo conduzca a una pérdida de empleos más que a la mejora de las perspectivas de investigación a largo plazo. Mientras tanto, quien pierda su trabajo puede que sea el primer ministro. Cuando Raffarin llegó al Gobierno en 2002 prometió actuar en beneficio de la *France d'en bas* (la Francia de abajo). Pero si pensamos en la derrota de su Gobierno en las regionales de marzo, enfrentarse a los intelectuales no es una buena estrategia en un país en el que la cultura y la identidad nacional están tan profundamente imbricadas.

Sophie Meunier es investigadora asociada en la Universidad de Princeton y coautora con Philip Gordon de *The French Challenge: Adapting to Globalization* (Brookings Institution, Washington, 2001).

Fecha de creación

11 septiembre, 2007